

XIV

Sevilla.—La Cristina.—La torre del Oro.—Itálica.—La catedral.—La Giralda.—La Caridad y don Juan de Mañara.

Hay en España un refrán que dice: «Quien no ha visto á Sevilla, no ha visto maravilla.» Confieso que me parecería más exacto aplicado á Toledo á Granada que á Sevilla, donde no encontré nada maravilloso más que la catedral.

Sevilla está á orillas del Guadalquivir, en zanja llanura; es ciudad grande, moderna, alegre, animada, y que debe parecer, en efecto, encantadora á los españoles. Así como Córdoba es población muerta, osario de casas, catacumba al aire libre, cuyos escasos habitantes semejan apariciones, Sevilla tiene todo el rumor y movimiento de la vida. Le importa poco el *ayer*, y menos aún el *mañana*; se entrega al día presente. El recuerdo y la esperanza son la ventura de los pueblos desdichados; Sevilla es feliz, y disfruta, mientras su hermana Córdoba, en silencio y soledad, parece que sueña gravemente con Abderramán, con el Gran Capitán y con todos sus esplendores desvanecidos, faros brillantes en la noche de lo pasado, de los que no queda más que ceniza.

En Sevilla blanqueaban las casas tres ó cuatro veces al año, cosa muy limpia, pero que oculta á

las investigaciones de viajeros y arqueólogos los restos de adornos góticos y árabes que tenían en otro tiempo. Nada menos variado que aquella red de callejas, donde no se ven más que dos tonos de color: el azul del cielo y el blanco de las paredes. Puertas con cancelas permiten ver los patios con columnas, mosaicos, fuentes, tiestos y arbustos. Nada de particular tiene la arquitectura exterior. Las mujeres sevillanas confirman la fama de su hermosura, y casi todas se parecen, como acontece con las razas puras y de un tipo característico. Los ojos, rasgadísimos y con largas pestañas, hacen un efecto de colores blanco y negro desconocidos en España. Cuando una joven pasa cerca de alguien, baja lentamente los párpados y luego los levanta rápidamente y lanza de frente una mirada de irresistible fulgor. La frente suele ser alta y serena; la nariz, fina y aguileña; la boca, muy roja. Cierta delgadez de hombros y brazos es la única imperfección que el más delicado artista pudiera encontrar en las sevillanas. Sin ninguna exageración poética, se podrían encontrar en Sevilla pies femeniles que cupieran en la mano de un niño. Alardean mucho ellas de esa cualidad y calzan muy bien. Una niña francesa de siete ú ocho años no podría ponerse los zapatos de una andaluza de veinte.

En la alameda del Duque y en la Cristina es un espectáculo gratisimo el de ver, de siete á ocho de la noche, á las preciosas sevillanas en grupitos de tres ó cuatro, acompañadas de los galanes en ejercicio ó en expectación. Su presteza en abrir y cerrar el abanico, el brillo de su mirada, la gracia en el andar, la flexibilidad de su cintura, les dan fisonomía especial. Poseen en alto grado lo que en España se llama la *sal*, cosa de que es difícil formarse idea en Francia, compuesta de abandono y

viveza, que puede existir aparte de la belleza, y que resulta preferible á ésta. Por eso el requiebro más grato que se puede dirigir á una mujer española es llamarla *salada*.

La Cristina es un magnífico paseo á orillas del Guadalquivir, rodeado de inmenso asiento de mármol blanco, de respaldo de hierro, sombreado por plátanos de Oriente, con laberinto, pabellón chino y toda clase de árboles del Norte, fresnos, cipreses, robles y sauces, que admiran á los andaluces, como las palmeras admiran á los parisienses. Cerca de la Cristina hay cuerdas azufradas y sujetas á postes, ardiendo siempre á disposición de los fumadores.

Prefiero al paseo, por bonito que sea, la misma orilla del río, que presenta un espectáculo siempre animado y nuevo. En medio de la corriente, donde tiene más profundidad el agua, están parados los barcos mercantes de alta arboladura, de aéreas cuerdas, mientras las embarcaciones ligeras cruzan el río en todos sentidos. La torre del Oro, construcción octogonal de tres pisos, cuya base se baña en el Guadalquivir, da acertado final á la perspectiva.

Por allí nos paseábamos todas las noches, mirando ponerse el sol detrás del barrio de Triana. Noble palmera elevaba en los aires su disco de hojas como para saludar al astro. Siempre he gustado mucho de las palmeras, y no he visto una sin crearme transportado á un mundo poético y patriarcal. Para que volviéramos á la realidad, cuando por las noches regresábamos á la calle de las Serpes, y á casa de nuestro huésped, se nos acercaban unos mozos bien vestidos, de agradable aspecto, para rogarnos que fuésemos á descansar y á refrescar á casa de unas personas muy finas y muy

decentes que les habían encargado de presentarnos. Aquella gente honrada se mostró sorprendida por nuestra negativa, y suponiendo que no les habíamos entendido, entraron en más explícitos por menores, hasta que se convencieron de que perdían el tiempo.

Un puente de barcas une ambas orillas del río y por él se pasa para ir á las ruinas de Itálica, patria de Silio Itálico, Trajano, Adriano y Teodosio. Allí hay un circo derruido, pero cuya forma se distingue muy bien. Las cuevas para las fieras, los corredores y las gradas se conocen perfectamente. Los revestimientos de piedra han debido de ser arrancados para construcciones modernas, porque Itálica ha sido mucho tiempo la cantera de Sevilla. Algunas habitaciones desescombradas sirven de asilo durante las horas de calor á piaras de cerdos que se escapan gruñendo por entre los pies de los viajeros, y son hoy los únicos habitantes de la antigua ciudad romana. El vestigio más completo que queda de todo aquel esplendor desaparecido es un mosaico de gran tamaño, rodeado de muros, y que representa musas y nereidas. También se han encontrado algunos fragmentos de estatuas bastante buenas.

Rodea á Sevilla un cinturón de murallas almenadas, con enormes torres, arruinadas muchas, y fosos ya casi completamente cegados.

En una plaza próxima á la puerta de Triana vi un espectáculo singularísimo. Tres estacas que formaban un triángulo sostenían encima de una hoguera un caldero lleno de alimentos sospechosos, como Goya pone en las ollas de las brujas de Barahona. Junto al hogar improvisado estaba sentada una gitana de acaballado perfil, cobriza, desnuda hasta la cintura, lo cual demostraba su abso-

luta falta de coquetería: larga melena negra le caía revuelta por la espalda flaca y el rostro negrozco. Por entre los mechones brillaban ojos orientales, hechos con nácar y azabache, tan misteriosos y contemplativos, que hacen hasta poética la cara más degradada y bestial. En derredor de ella se revolvaban chillando tres ó cuatro chiquillos en el estado más primitivo, negros como mulatos, con enormes panzas y miembros flacos que más les hacían parecer cuadrumanos que personas. No es posible que los chiquillos de Hotentocia estén más sucios y asquerosos. En el barrio de Triana se encuentra gente parecida con gran frecuencia, porque abunda en gitanos.

La verdadera maravilla sevillana es la catedral, que es sorprendente, aun después de vistas las de Burgos y Toledo y la mezquita de Córdoba. El cabildo que ordenó su construcción resumió el proyecto en una frase: «Erijamos un monumento que haga creer á la posteridad que estamos locos.» Eso se llama un programa completo y bien entendido. Así me gusta. Los artistas hicieron prodigios, y los canónigos, para acelerar la terminación del edificio, dedicaron á ello sus rentas, sin quedarse más que con lo estrictamente necesario para vivir.

Las pagodas indias más monstruosamente prodigiosas no pueden competir con la catedral de Sevilla. Es una montaña hueca, un valle del revés: la iglesia de Nuestra Señora de París podría colocarse cómodamente en la nave central, que es de una elevación espantosa. Pilares recios como torres, y que parecen delgados, se elevan desde el suelo y bajan desde las bóvedas como estalactitas de una gruta de gigantes. El altar mayor, con sus escaleras, superposiciones de arquitecturas é hileras de estatuas, constituye ya un edificio inmenso y llega

casi hasta la bóveda. El cirio Pascual, semejante al palo de un barco, pesa 2.050 libras. El candelero de bronce correspondiente está copiado del que había en el templo de Jerusalén, según se lo ve en los bajarrelieves del arco de Tito. Arden al año en la catedral 20.000 libras de cera y otro tanto aceite, y se consumen para consagrar 18.750 litros de vino. Verdad es que cada día se dicen 500 misas en los 80 altares. Los órganos parecen columnatas basálticas de la caverna de Fingal, y sin embargo, los huracanes y truenos que brotan de sus anchos tubos parecen murmullos melódicos, gorjeos de pájaros y de serafines bajo las colosales ojivas. Ochenta y tres ventanales hay, pintados según dibujos de Miguel Angel, Rafael, Durero, Perugino, Tibaldi y Lucas Cambiaso. Demuestran los últimos, pintados en 1819, cuánto ha degenerado el arte desde aquel glorioso siglo XVI. El coro, de estilo gótico, adornado con torrecillas, agujas, hornacinas caladas, figurillas y follajes, es inmenso y minucioso trabajo que confunde la imaginación.

Locura sería pretender describir una por una las riquezas de la catedral. Aplastan las magnificencias, embriagan las obras maestras, la cabeza se marea, el deseo y la imposibilidad de verlo todo causan vértigos caleturientos.

Como no puedo hablar de todo, me limitaré á mencionar el San Antonio, de Murillo, que orna la capilla bautismal. El santo, en éxtasis, está de rodillas en medio de la celda, cuyos pormenores todos están reproducidos con aquella vigorosa realidad propia de la escuela española. Por la puerta entornada se distingue uno de esos largos claustros con arcos, tan favorables á la meditación. La parte alta del cuadro, anegada en áurea claridad,

vaporosa y transparente, la ocupan grupos de ángeles de una hermosura verdaderamente ideal. Atraído por la fuerza de la oración, baja el niño Jesús de nube en nube y se coloca en brazos del Santo, cuya cabeza bañan radiantes efluvios y se echa hacia atrás en un espasmo de celestial voluptuosidad. Me parece superior este cuadro divino al de *Santa Isabel curando á los tiñosos*, y á todos cuantos niños y vírgenes pintó el maestro, por hermosos y puros que sean.

En la catedral sevillana están reunidos todos los géneros de arquitectura: el gótico severo, el del Renacimiento, el plateresco, el griego y el romano, porque cada siglo ha fabricado su capilla ó su retablo, y el edificio no está terminado aún. Cerca del patio de los Naranjos se alza una cabria de hierro, símbolo que indica que la catedral aun no está acabada. Pero ¿cuándo el peso de la piedra izada lentamente por los aires hará crujir la garrucha oxidada siglos ha? Tal vez nunca, porque el movimiento ascendente del catolicismo se detuvo y la savia que hacía brotar ese florecimiento de catedrales, no sube ya desde el tronco á las ramas. A las iglesias ya no van más que viajeros, mendigos y viejas feisimas, vestidas de negro, con mirar de lechuza, sonrisa de calavera y manos de araña, que al moverse hacen sonar chis-chas de huesos enmohecidos, medallas y rosarios, y so color de pedir limosna, murmuran al oído no sé qué espantables proposiciones de cabelleras negras, de caras sonrosadas, de miradas ardientes. Ni siquiera España es ya católica.

La Giralda es antigua torre árabe erigida por un arquitecto llamado Gever ó Guever, inventor del álgebra. El efecto es encantador y muy original: el color sonrosado del ladrillo, la blancura de

la piedra, le dan un aspecto juvenil y alegre, á pesar de haber sido construido el año 1000. Sus muros son lisos hasta cierta altura, desde la cual hay series de ventanas árabes con balcones y columnillas de mármol blanco. La torre terminaba antiguamente en techo de azulejos, coronado por una barra de hierro que adornaban cuatro esferas de metal dorado de gran tamaño. Aquel coronamiento fué destruido en 1568 por el arquitecto Francisco Ruiz, que aumentó en cien pies la altura de la Giralda para que la estatua de bronce pudiera elevarse sobre las sierras. Construir un campanario encima de una torre era seguir las instrucciones de aquel admirable cabildo de quien hemos hablado, que quería pasar por loco en opinión de la posteridad. La obra de Francisco Ruiz se compone de tres pisos: el primero con ventanas, en las cuales están las campanas; el segundo rodeado de una baranda calada; el tercero es una especie de cúpula sobre la cual gira una gigantesca figura de la Fe, de bronce dorado, con una palma en una mano y un estandarte en la otra. Desde arriba se ve á Sevilla, deslumbrante de blancura, con sus campanarios y sus torres; más lejos la llanura y el Guadalquivir; en lontananza se distingue á la Algaba, á Santiponce y otros pueblos; en último término aparece la cordillera de Sierra Morena. ¡Admirable panorama lleno de luz, inundado de sol, de esplendor deslumbrante!

La Lonja del Comercio es un edificio cuadrangular de perfecta regularidad, construido por el pesado Herrera, arquitecto del aburrimiento, autor del Escorial. Allí están los Archivos de Indias, las cartas de Colón, Pizarro y Cortés.

El Alcázar, aunque muy hermoso, no sorprende después de haber visto la Alhambra. El Salón de

Embajadores es quizá más bello y más rico que el de Granada, pero alguien tuvo la descabellada idea de colocar entre las columnas una serie de retratos de los reyes de España, y aquello resulta lo más ridículo del mundo; los antiguos, con sus corazas y coronas de oro, no hacen muy mal papel; pero los últimos, con uniforme moderno y peluca empolvada, hacen el efecto más grotesco. Carlos V ha dejado en el Alcázar de Sevilla, como en la Alhambra, numerosas huellas de su paso. Vulgar y funesta es la manía de edificar un palacio dentro de otro, y ha destruido no pocos monumentos históricos para poner en lugar de ellos construcciones insignificantes.

La Fábrica de Tabacos, muy adecuada á su objeto, encierra muchas máquinas que suenan como muchedumbre de molinos, movidas por 200 ó 300 mulas. Allí se fabrica el polvo sevillano, impalpable, penetrante y dorado, que aspiraban con fruición los marqueses del tiempo de la Regencia en Francia; 500 ó 600 mujeres fabrican los puros, y en cuanto pusimos el pie en su taller nos ensordeció una tormenta de gritos; todas hablaban, cantaban ó regañaban á un tiempo. Jamás vi semejante alboroto. Eran jóvenes casi todas, y las había muy bonitas. La cigarrera de Sevilla es un tipo como la manola de Madrid. Hay que verla los domingos ó días de toros con la saya llena de innumerables volantes, las mangas con botones de azabache y el puro, cuyo aroma aspira, prestándosele de cuando en cuando al novio.

Acabemos por una visita hecha al hospital de la Caridad, fundado por el famoso don Juan de Mañara, que no fué ningún ser fabuloso. Dicen que una noche salía don Juan de una orgía, cuando encontró una comitiva que iba á la iglesia de

San Isidro, compuesta de penitentes negros con cogulla y cirios de cera amarilla, cosa más lúgubre y siniestra que un entierro ordinario. Don Juan, calentado por el vino, preguntó: «¿Quién es el muerto? ¿Algún marido muerto en desafío por el querido de su mujer, ó algún padre que tardaba en soltar la herencia?» «El muerto—contestó uno de los que llevaban el féretro—es el señor don Juan de Mañara, á cuyas exequias vamos; venid y rogad por él.» Acercóse don Juan al ataúd, y á la claridad de las antorchas vió que el cadáver tenía su misma cara: fué á la iglesia, rezó con los misteriosos frailes y al día siguiente lo encontraron desmayado en el coro. Tanto le conmovió aquello, que renunció á su endiablada vida, se metió fraile y fundó el hospital, donde murió casi en olor de santidad.

La plaza de toros estaba cerrada, con gran pesar nuestro, porque tienen fama las corridas sevillanas de ser las mejores de España. Perdida la esperanza de verla, tomamos billete para el barco de vapor que va á Cádiz, y nos embarcamos entre un concierto de lloros, gritos y aullidos de mujeres ó queridas de los militares que cambiaban de guarnición y se embarcaban con nosotros.